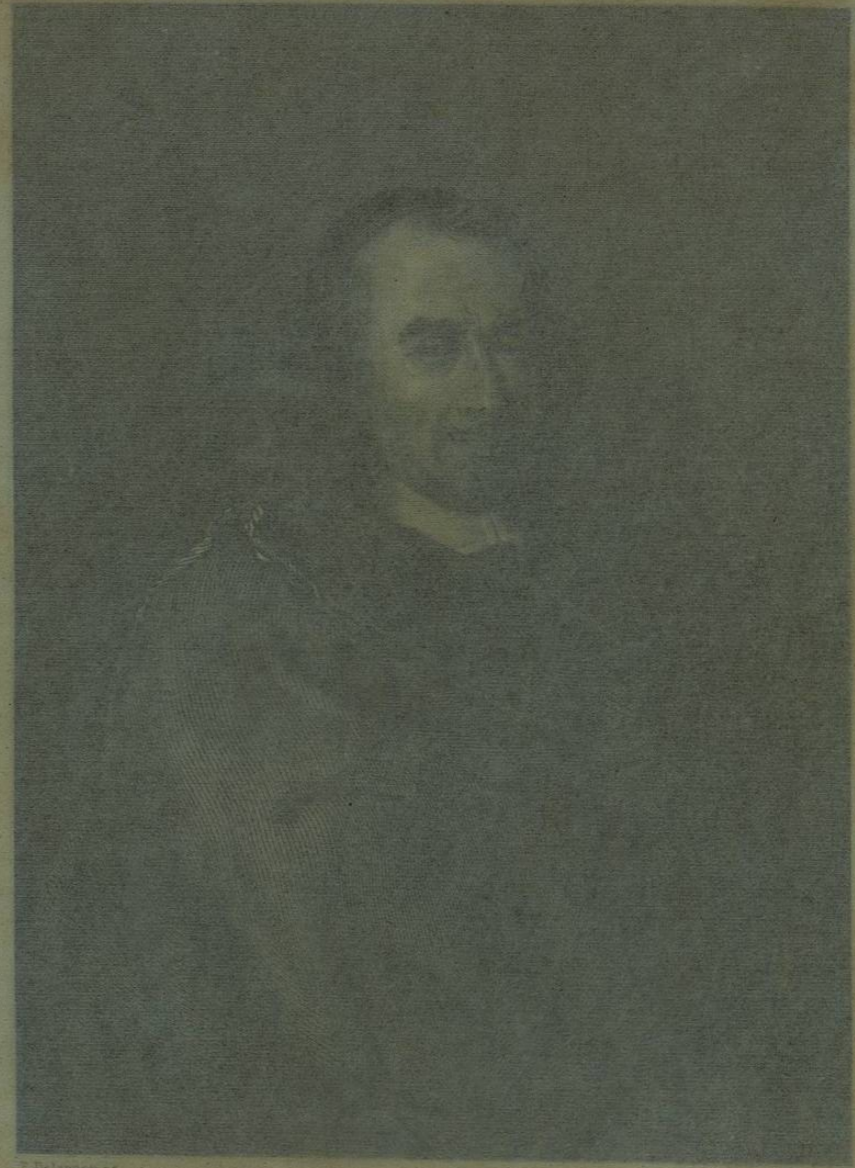


CORNEILLE

En materia de crítica y de historia literaria no hay lectura más grata, más amena, más fecunda en enseñanzas que la lectura de las biografías bien hechas de los grandes escritores. No las biografías secas y lacónicas, no las noticias exiguas aunque importantes, sino las amplias, copiosas y á veces hasta difusas que comprenden la historia del hombre y la de sus obras, que permiten el conocimiento de los detalles íntimos, que identifican al lector con el autor. Estas biografías deben presentar al hombre bajo todos sus aspectos, haciéndole vivir, moverse, hablar, como debió de hacerlo en sus costumbres domésticas, en los hábitos de cada día, en la existencia real. Los grandes hombres no dependen menos que nosotros de la prosa de la vida.

Los ingleses y los alemanes, con su carácter complejo de análisis y de poesía, se complacen en estos excelentes libros. Walter Scott declara por su cuenta que no hay en toda la literatura inglesa obra más interesante que la historia del doctor Johnson por Boswel. En Francia empezamos á estimar y á reclamar esta clase de estudios. En nuestros días, aunque los grandes hombres sobresalientes en las letras no hicieran tantas revelaciones personales en sus memorias ó en sus confesiones poéticas, pudieran muy bien morir seguros de que no habrían de faltar les comentadores y biógrafos. No ha sido siempre así; cuando queremos conocer la vida de los escritores y poetas del siglo décimosétimo, apenas descubrimos á fuerza de trabajo algunas tradiciones poco auténticas y algunas anécdotas dudosas. La infancia sobre todo, el principio de la vida literaria de los escritores de aquel tiempo, son desconocidos. Literatura y poesía eran entonces menos personales; no solían los autores informar al público de sus



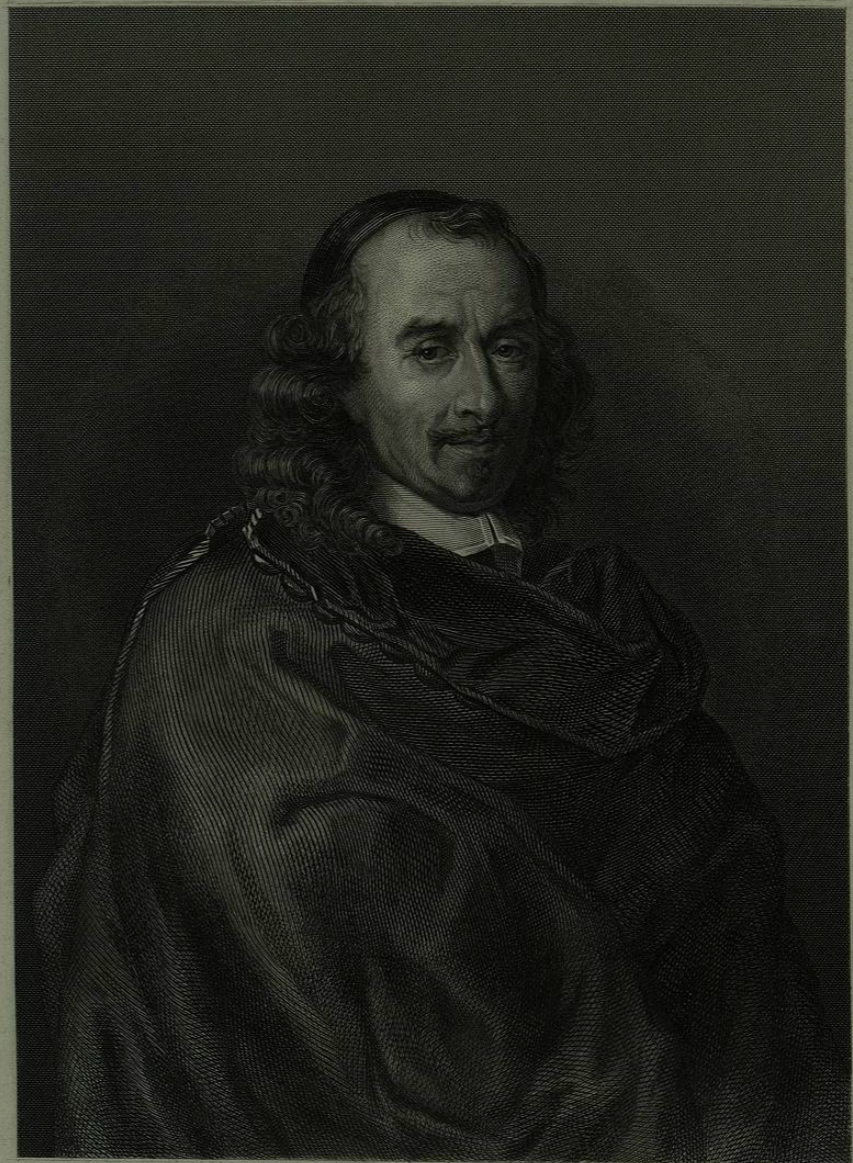
P. CORNEILLE

Garnier Frères Éditeurs

CORNEILLE

Las biografías más interesantes y más útiles son las que se refieren a la vida de los hombres de letras. Estas biografías deben ser sencillas y lacónicas, no las noticias exiguas aunque importantes, sino las amplias, copiosas y á veces hasta difusas que comprenden la historia del hombre y la de sus obras, que permiten el conocimiento de los detalles íntimos, que identifican al lector con el autor. Estas biografías deben presentar al hombre bajo todos sus aspectos, haciéndole vivir, moverse, hablar, como debió de hacerlo en sus costumbres domésticas, en los hábitos de cada día, en la existencia real. Los grandes hombres, no desdeñen menos que nosotros de la vida de la vida.

Los escritores de los siglos, con su estilo de análisis y de crítica, han hecho en estos últimos libros. Walter Scott ha escrito en esta clase de libros. En Francia, el doctor Johnson por Bower. En Francia, el doctor Johnson por Bower. En Francia, el doctor Johnson por Bower. En nuestros días, aunque los hombres sobresalientes en las letras no hicieron tantas biografías, algunas en sus memorias ó en sus confesiones postumas, pudieron ser muy útiles para que no habrían de faltar los comentadores y biógrafos. No ha sido siempre así; cuando queremos conocer la vida de los escritores y poetas del siglo decimoséximo, apenas descubrimos á fuerza de trabajo algunas tradiciones poco auténticas y algunas anécdotas dudosas. La infancia sobre todo, el principio de la vida literaria de los escritores de aquel tiempo, son desconocidos. Literatura y poesía eran entonces asuntos personales; no solían los autores informar al público de sus



F. Delannoy sc

Imp. Ch. Chardon aux

P. CORNEILLE

Carnier Freres Editeurs

asuntos; los biógrafos se habían imaginado que la historia del escritor se hallaba toda entera en sus escritos y la crítica superficial no buscaba al hombre en el fondo del poeta. Por otra parte, como las reputaciones se labraban con mucha lentitud y se llegaba tarde á la celebridad, era más tarde aún, en la vejez del autor, cuando algun admirador de su genio pensaba en la biografía. En ocasiones sucedía tambien que el historiador era un pariente adicto y apasionado, pero demasiado jóven para haber conocido la juventud de su autor, como Fontenelle para Corneille, Luis Racine para su padre. Por eso hay en la historia de Corneille por su sobrino y en la de Racine por su hijo, mil ignorancias, mil inexactitudes que saltan á los ojos, una gran ligereza al tratar de los primeros años literarios que, sin embargo, son los más decisivos.

Cuando se empieza á conocer á un hombre ya en el apogeo de su gloria literaria, no se piensa que ántes haya vivido sin ella, pareciendo su fama una cosa tan sencilla, que no se trata de saber de qué modo la ha ganado, así como, si se le ha conocido en sus comienzos y ántes de su brillo, no se sospecha adónde llegará: se vive á su lado sin mirarlo y se descuida el averiguar lo que más importaría saber. Los mismos grandes hombres contribuyen por su proceder á esta doble ilusion: jóvenes, desconocidos, oscuros, se ocultan, callan, eluden la atencion, no aspiran á ningun puesto, porque sólo quieren uno sobre el que todavía no pueden poner la mano; más tarde, saludados y glorificados, dejan en la sombra sus principios, ordinariamente amargos, siempre rudos; así refieren voluntariamente sus progresos y su formacion como presenta el Nilo sus misteriosas fuentes. Y, no obstante, lo esencial en la vida de un gran escritor ó gran poeta es fijar, abrazar, analizar al hombre en el punto en que por un concurso más ó ménos fácil, más ó ménos lento, se combinan su educacion, su genio y las circunstancias para engendrar la primera obra maestra. Si comprendéis al poeta en este momento crítico, si descifráis, por decirlo así, la clave de este anillo misterioso, mitad de hierro, mitad de diamante, que enlaza su segunda existencia radiante y solemne á la primera oscura y solitaria, podéis decir que poseéis á fondo, que sabéis, que conocéis al poeta; habéis franqueado con él las regiones tenebrosas como Dante con Virgilio; podéis sin

fatiga acompañarle á través de sus otras maravillas. De *René* á la última produccion de Chateaubriand, de las primeras *Meditaciones* á todo lo que ha creado Lamartine, la iniciacion es fácil; se tiene en la mano el hilo conductor y no hay más que seguirlo. Es un hermoso momento aquel en que el poeta encuentra la region dónde su genio puede vivir y desplegarse y el crítico el instinto y la ley del genio. Si el estatuario, que es á su manera un magnífico biógrafo, pudiera escoger la ocasion en que el poeta más se parece á sí mismo, sin duda escogeria el instante en que ilumina su frente el primer rayo de gloria. En esta época, única en la vida, el genio adulto y viril que habitaba inquieto y triste en su conciencia conteniéndose para no estallar, brota de repente, y el ruido de las aclamaciones constituye la aurora de su triunfo. Con los años se hará quizá más reposado y maduro, pero tambien perderá en sencillez de expresion cubriéndose con un velo que será preciso desgarrar para llegar á él; se marchitará la frescura del íntimo sentimiento; el alma se defenderá de las ingenuidades peligrosas; una continencia más estudiada reemplazará á la primera actitud tan libre y tan expresiva. Ahora bien, lo que la estatuaría si pudiese haria, debe hacerlo con mayor razon la crítica biográfica; el biógrafo puede escoger el momento, pues tiene á la mano toda la vida del autor. La estatua en pié, el tipo descubierto y expresado, no hay más que reproducirlo con ligeras modificaciones en los desarrollos sucesivos de la vida del poeta y en sus evoluciones, como una serie de bajos relieves. No sé yo si toda esta teoría en parte poética y en parte crítica será bastante clara, pero la creo verdadera; y en tanto que los biógrafos no la tengan en cuenta, harán libros útiles, exactos, seguramente estimables, pero no verdaderas obras de alta crítica; recogerán anécdotas, fijarán fechas, serán buenos cronistas, pero no estatuarios; tendrán las llaves del templo, pero no serán los sacerdotes del dios.

Esto sentado, nos guardaremos de hacer una severa aplicacion de lo dicho á la obra colmada de investigaciones y nutrida de hechos que acaba de publicar M. Taschereau (1). En la historia de Corneille, como en la de Molière, M. Taschereau ha tenido por objeto recoger y

(1) *Historia de la Vida y Obras de Pedro Corneille*, por Julio Taschereau.

enlazar todo lo que se sabía, todas las tradiciones que quedaban acerca de la vida de estos ilustres autores, determinando la cronología de sus distintas piezas y refiriendo los debates á que dieron ocasion. Renuncia de buen grado á la pretension literaria de formular el juicio de las obras y caracterizarlas; se atiene en general á las conclusiones que el tiempo y el gusto han consagrado. Cuando le faltan hechos, como sucede á menudo, no los suple con las hipótesis de una prudente y circunspecta crítica conjetural; no hace inducciones legítimas, sino que pasa adelante en busca de hechos nuevos; de aquí resultan en el libro de Taschereau lagunas é intervalos que involuntariamente trata de colmar el talento del lector. Las vidas completas, poéticas, pintorescas, *vivas* en una palabra, de Corneille y de Molière, no están hechas aún; pero corresponde á Taschereau el sólido y positivo honor de haberlas preparado, buscando, recogiendo y ordenando con escrupulosa erudicion los materiales tan largo tiempo esparcidos. En cuanto á nosotros, confesamos que algunas de las ideas que vamos á emitir sobre Corneille nos han sido sugeridas por el concienzudo trabajo de su biógrafo.

El estado general de la literatura en el momento en que aparece un autor, la educacion particular que este autor ha recibido y el genio propio con que le ha dotado la naturaleza: hé aquí tres influencias que importa separar en la primera obra maestra, para determinar la parte que corresponde á cada una y saber lo que al genio puro le toca de derecho. Cuando Corneille, nacido en 1606, llegó á la edad en que la poesía y el teatro debieron empezar á llamarle la atencion, esto es, hácia 1624, figuraban tres grandes nombres de otros tantos poetas que no han conservado todos igual celebridad: Ronsard, Malherbe y Théophile. El primero, Ronsard, que ya habia muerto, contaba con inmensa nombradía y era el representante de la poesía del siglo precedente; Malherbe, aún vivo pero ya viejo, inauguraba la poesía del siglo que empezaba y era tan célebre como Ronsard; Teófilo, en fin, jóven y ardiente, prometia llegar á la altura de los otros dos á juzgar por el brillo de sus primeros triunfos. En cuanto al teatro, hacia veinte años que lo monopolizaba un solo hombre, Alejandro Hardy, cuyo nombre ni se ponía siquiera en los anuncios, pues ya se sabía quién era el *poeta dramático* por excelencia. Su dictadura iba á cesar, es cierto, pues Teófilo con su tragedia *Píramo y Tisbe* le habia

asestado el primer golpe y en breve debian inundar la escena Mairet, Rotrou y Scudéry. Pero todas estas nacientes nombradías que servian de pasto á las conversaciones, la multitud de talentos de segunda y de tercera fila que hormigueaban en torno de Malherbe, de Maynard y de Racan, eran perdidas para el jóven Corneille que vivia léjos del foco, en provincia, en la ciudad de Ruan, adonde no llegaban los murmullos sino los grandes ecos del público clamor. Ronsard, Malherbe, Teófilo y Hardy componian, pues, toda su literatura moderna. Educado, por otra parte, en un colegio de jesuitas, habia adquirido un conocimiento suficiente de la antigüedad; pero la carrera de jurisprudencia á que se le destinaba y en cuyos estudios se ocupó hasta la edad de veintiun años, hasta 1627, debió retardar el desarrollo de sus gustos poéticos. Sin embargo, se enamoró como un poeta; y sin admitir aquí la anécdota inverosímil contada por Fontenelle y ménos su conclusion, ridícula en verdad, de que á este amor debemos el gran Corneille, es cierto segun confiesa el autor que su primera pasión le enseñó á rimar inspirándole sus primeros versos. No es imposible que alguna circunstancia de su aventura amorosa le excitara á componer su *Mélite*, aunque no se adivina en esta obra el papel que representara él mismo. El objeto de su pasión fué á lo que parece una señorita de Ruan, jóven, espiritual y bella, á quien Corneille conocia desde la infancia y que no correspondia á su respetuoso amor de otra manera que con su amistad indulgente y bondadosa. Ella recibia los versos y aún los solicitaba; pero el genio creciente del poeta apenas cabia en los sonetos y los madrigales; se encontraba en ellos como preso; decia Corneille que *cien versos le costaban ménos que el estribillo de una cancion amorosa*. El teatro le atraia y los consejos de su dama contribuyeron sin duda á sus ensayos primeros. Compuso *Mélite* y se la mandó al antiguo dramaturgo Hardy. Este la encontró *bonita farsa*, y el jóven abogado de veintitres años partió de Ruan con direccion á París, en 1629, para asistir al éxito de su obra.

El hecho culminante de los primeros años de la vida de Corneille es ciertamente su pasión, en la que ya se revela el carácter original del hombre. Sencillo, cándido, embarazado y tímido, aunque sincero y respetuoso en amor, adora Corneille á una mujer que despues de darle algunas esperanzas le deja para casarse con otro. Háblanos él mismo

de una desgracia que ha roto el curso de sus afecciones; pero su desgracia no le hace olvidar á su bella inhumana como él la denomina:

Me siento conmovido al escuchar su nombre ;

 Y, todo mi amor en ella consumido,
 No encuentro nada amable despues de haberla amado (1).

Sólo quince años despues se empezó á debilitar el triste y dulce recuerdo que Corneille guardaba de su juventud; unióse á otra mujer, y se entregó á la vida de familia sin que le apartaran de ella y de sus goces las licencias proverbiales del mundo cómico al que se hallaba forzosamente mezclado. No sé si me equivoco; pero creo descubrir en la naturaleza sencilla, sobria y resignada de Corneille, algo de la existencia candorosa que me encanta en el vicario de Wakefield; me complazco tanto más en verlo, ó si se quiere, en soñarlo así, por cuanto se trata nada ménos que del gran Corneille.

Desde 1629, época de la primera llegada de Corneille á París, hasta 1636 en que hizo representar *El Cid*, terminó el gran poeta su educacion literaria. Se puso en relaciones con los poetas de aquel tiempo, con todos los talentos superiores y especialmente con los de su edad, como Mairet, Scudéry, Rotrou y algunos otros; el contacto con ellos le hizo aprender lo que en provincia ignoraba: que Ronsard habia pasado de moda y que Malherbe muerto hacia un año le habia destronado en la opinion; que Teófilo, muerto tambien, habia defraudado muchas esperanzas dejando sólo una memoria equívoca; que el teatro se depuraba y se ennoblecia por los cuidados del cardenal-duque, no siendo ya su único sosten el viejo Hardy, al rededor del cual se agrupaban sus jóvenes rivales que se disputaban ya su herencia y le juzgaban duramente. Corneille supo tambien en París lo que en Ruan no sospechaba siquiera: la existencia de reglas tan embarazosas como las unidades de accion, de tiempo y de lugar, reglas

(1) Je me sens tout ému quand je l'entends nommer ;

 Et, toute mon amour en elle consumée,
 Je ne vois rien d'aimable, après l'avoir aimée.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO" "YES"
 1625 MONTERREY, MEXICO

que servian á los sabios para hacer la guerra á los ignorantes y eran tema obligado de sendas discusiones. Mairet votaba en pro; Claveret se declaraba en contra; Rotrou se cuidaba poco de los preceptos y de los preceptistas; Scudéry discurría enfáticamente sobre estos y otros puntos. Corneille compuso varias piezas en el espacio de cinco años, procurando conocer á fondo el gusto del público y las costumbres teatrales; pero no le seguiremos en sus primeros ensayos cuando marchaba á tientas y aún no era dueño de sí mismo. Pronto se dió á conocer y fué protegido por el cardenal. Sus camaradas le alentaban también, le aplaudían y exaltaban, y contrajo particularmente con Rotrou una de esas amistades, tan raras en las letras, que ningun espíritu de rivalidad pudo jamás enfriar ni interrumpir.

Era Rotrou más joven que Corneille, pero le había precedido en el teatro y le favoreció con sus consejos. Corneille se mostró siempre reconocido hasta el punto de darle el nombre de *padre*; y si hubiéramos de indicar en este período de su vida el rasgo característico de su genio y de su alma, recordáramos la amistad filial que profesó á Rotrou, como en el período precedente se había consagrado al puro y honesto amor de una mujer. En su tierna amistad y en su primer amor había más presagios de grandeza sublime que en *Mélite*, *la Viuda*, *la Galería del Palacio*, *la Plaza Real*, *la Ilusión*, y tantos como en *Medea*.

Corneille hacía frecuentes excursiones á Ruan. En uno de sus viajes visitó á un Señor Chalons, antiguo palaciego que en su vejez vivía allí retirado: « Señor Corneille, le dijo el anciano después de las primeras felicitaciones, el género cómico que habéis emprendido no puede daros más que una gloria pasajera. En el teatro español encontraréis asuntos que tratados con el gusto francés, por manos como las vuestras, producirán efectos prodigiosos. Aprended la lengua española que es bastante fácil; yo me ofrezco á enseñaros lo que de ella sé y mientras no estéis en disposición de traducir vos mismo, os traduciré algunos pasajes de Guillen de Castro. »

Este encuentro fué para Corneille una fortuna, pues desde que puso mano en la noble poesía española se encontró á su placer como si hubiera hallado la patria de su genio. Genio leal, lleno de honor y de moralidad, se enamoró profundamente de los héroes caballerescos de

la altiva España. Su ardiente corazón, su sinceridad de niño, su firmeza en la amistad, su constancia en el amor, su culto á la religión del deber, su carácter cándidamente grave y sentencioso, todo le disponía al género castellano. Lo abrazó con fervor, lo acomodó, quizá sin darse cuenta, al gusto de su nación y de su siglo y se creó una originalidad única entre todas las imitaciones que se hacían á su alrededor. Ya no va á tientas ni avanza con lentitud como en su instinto, llega en un paso á lo sublime, á lo glorioso, á lo patético, como si le fueran familiares, produciéndolo en un lenguaje soberbio y sencillo que todo el mundo comprende y que no pertenece más que á él (1).

Al salir de la primera representación del *Cid* quedaba fundado el teatro nacional francés; el gran Corneille era una gloria de Francia; el poeta triunfante habla muy alto de sí mismo, á ejemplo de sus héroes, y exclama con aplauso de sus admiradores y desesperación de sus rivales:

Yo sé cuánto valgo..... (2)

Este alto concepto de sí mismo lo conservó Corneille hasta los últimos años. Anciano ya, escribía las bellísimas estancias que por ser apenas conocidas traducimos á continuación:

Marquesa, si hay en mi rostro
Algunos rasgos añejos,
Considerad que á mis años
Serán lo mismo los vuestros.

Muchas cosas de este mundo
Afrenta y destruye el tiempo,
Pues él marchita las rosas
Y arruina los monumentos

Como los vuestros, mis días
Rigen los astros del cielo;
Se me ha visto como sois,
Se os verá como voy siendo.

(1) La verdadera originalidad de Corneille se encuentra en su hermoso estilo; el fondo del *Cid* está tomado enteramente del español. M. Fauriel, comparando los dos *Cides* (el de Corneille y el de Guillen de Castro), hace notar como diferencias las abreviaciones frecuentes y rápidas que introdujo Corneille en las escenas del original.

(2) Je sais ce que je vauz, et crois ce qu'on m'en dit.
Pour me faire admirer je ne fais point de ligue;
J'ai peu de voix pour moi, mais je les ai sans brigue;

Pero tengo algun encanto
Que me sirva de consuelo
Para no alarmarme mucho
Por los estragos del tiempo.

Los vuestros son adorables,
Señora, yo lo confieso,
Pero tan fugaces, como
Los míos son duraderos

Los míos pueden salvaros
De olvidos y menosprecio,
Y hacer que mil años vivan
Los mortales ojos vuestros.

Generaciones futuras
Que me darán algun crédito,
Sólo os tendrán por hermosa
Si yo lo digó en mis versos.

Pensadlo, bella marquesa ;
Las canas son un tormento,
Mas deben ses cortejadas
Cuando son las de este viejo (1).

El legítimo orgullo que demostró Corneille, los testimonios de admiración que se le prodigaron por el éxito de *El Cid*, levantaron con-

(1)

STANCES

Marquise, si mon visage
A quelques traits un peu vieux,
Souvenez-vous qu'à mon âge
Vous ne vaudrez guère mieux,

Le temps aux plus belles choses
Se plaît à faire un affront,
Et saura faner vos roses
Comme il a ridé mon front.

Le même cours des planètes
Règle nos jours et nos nuits :
On m'a vu ce que vous êtes,
Vous serez ce que je suis.

Cependant j'ai quelques charmes
Qui sont assez éclatants
Pour n'avoir pas trop d'alarmes
De ces ravages du temps.

Vous en avez qu'on adore ;
Mais ceux que vous méprisez
Pourraient bien durer encore
Quand ceux-là seront usés.

tra él á todos sus rivales de la víspera y á todos los autores de tragedias, desde Claveret hasta Richelieu. No insistiremos aquí en los detalles de la querella que se suscitó, por ser uno de los puntos mejor esclarecidos de la historia literaria. El efecto que produjo sobre el ilustre poeta el desencadenamiento de la crítica, fué el que se podía esperar dado el carácter de su espíritu y talento. Corneille, ya lo hemos dicho, era un genio puro, instintivo, ciego, de movimientos libres y casi desprovisto de las cualidades médias que acompañan y secundan al don superior y divino del poeta. No era diestro, no conocia los detalles, ni tenía el gusto seguro, ni delicado el juicio. Su tacto era obtuso y no se daba cuenta de sus procedimientos artísticos. Sin embargo se tenía por hábil. Entre su genio y su buen sentido no habia nada ; su buen sentido, que no carecia de dialéctica ni de sutileza, obraba mil esfuerzos, particularmente si era provocado, para llegar hasta el genio, abrazarlo, comprenderlo y dirigirlo. Si Corneille hubiera nacido en época anterior, si hubiera vivido ántes que la Academia, ántes de Richelieu, en el lugar, por ejemplo, de Alejandro Hardy, no habria estado exento de ripios, de errores, ni de caídas ; quizá veríamos en él más enormidades que las que ofenden nuestro gusto en algunos de sus peores pasajes ; pero á lo ménos, sus extravíos hubieran tenido la naturaleza, la inclinación de su genio, y al levantarse, al entrever lo bello, lo grande y lo sublime, no habrian sido obstáculo para él ni embarazosas reglas, ni escrúpulos pueriles, ni las mil dificultades que impiden ó cohiben el libre vuelo de la inspiración.

La querella del *Cid*, deteniéndole en su primer paso, forzándole á volver sobre sí mismo para comparar su obra con las reglas, torció en su

Ils pourront sauver la gloire
Des yeux qui me semblent doux,
Et dans mille ans faire croire
Ce qu'il me plaira de vous.

Chez cette race nouvelle
Où j'aurai quelque crédit,
Vous ne passerez pour belle
Qu'autant que je l'aurai dit.

Pensez-y, belle marquise,
Quoiqu'un grison fasse effroi,
Il vaut bien qu'on le courtise,
Quand il est fait comme moi.